La esperanza en la vida eterna como factor de salud en psicoterapia

Consciente de la complejidad de nuestro tema, inicio esta reflexión con la sencillez de un extracto de la primera carta del apóstol San Pedro, en su capítulo 1, 3-5:

“Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en su gran misericordia, nos hizo renacer, por la resurrección de Jesucristo, a una esperanza vida, a una herencia incorruptible, incontaminada e imperecedera, que ustedes tienen reservada en el cielo. Porque gracias a la fe, el poder de Dios los conserva para la salvación dispuesta a ser revelada en el momento final”.

Se sintetiza aquí lo que nuestra fe nos dice respecto de la esperanza sobrenatural: Por la vida de la gracia en nosotros, por nuestro renacimiento en Cristo, se nos reserva un lugar junto a Él en el Cielo, una plenitud de vida se nos promete al final de nuestra peregrinación terrenal. El contenido de la fe siendo un conocimiento presente, anticipa el futuro al que nos abre la esperanza. Cuando la muerte inexorable cierra un buen día el tiempo y el espacio que dieron contexto a nuestra condición de viadores y cierra asimismo y para siempre toda posibilidad de merecer o de pecar, se abre para quienes han perseverado con Cristo en la prueba, la bienaventuranza eterna, esa herencia “incorruptible, incontaminada e imperecedera”. La virtud teologal de la esperanza guarda en el plano psicológico con la esperanza como pasión del alma, algunas analogías: como viadores debemos luchar razonable y esforzadamente por bienes que anticipan la vida eterna, bienes intermedios y terrenales, para nosotros, y para los prójimos, bienes arduos que pueden otorgar algún grado de felicidad incoada, participada por la esperanza en la vida eterna, esperanza que lleva todo lo nuestro a un nivel más pleno de existencia. Muchos actos espaciotemporales nos abren a la vida sobrenatural o son indicios de la vida eterna que por ellos comienza en nosotros. Así, en los estudios, en la vida matrimonial, en la educación de los hijos, en todas nuestras empresas humanas hemos de ser conscientes de su valor sacrificial o sacramental. Hemos de guardarnos también en el plano natural de la desesperación, y de la presunción que por anticipación de la plenitud o anticipación de su fracaso, vulneran nuestra voluntad de permanecer caminando, el “aún no” que debe dilatarse siempre pese a los años recorridos, la vejez, o la suma de experiencias frustrantes. Sabemos por la fe que el camino en esperanza es Cristo mismo en quien estamos injertados. Cuando la dificultad o la dolencia, se vuelven extraordinariamente difíciles de llevar, la esperanza natural desfallece si no se enciende en la esperanza en la vida eterna o esperanza en Dios, esperanza en esa “alegría que nadie podrá quitarles” y que el Señor así nos promete. En el plano de nuestra racionalidad hemos de ponderar la verdad del bien futuro al que aspiramos, y su asequibilidad. Sabiendo que sin la gracia de Dios “nada podemos” también en relación a estos “fines intermedios”, pedimos la gracia para nosotros, pedimos la vida sobrenatural para nuestros pacientes y todos nuestros seres queridos, confiando y viendo cómo llega y actúa. Llega y actúa por el amor

de Dios, y puede ser anticipada y secundada por la caridad que, infundida en nuestros corazones, se entrega. La fe y la esperanza teologales se nos ofrecen por y para la Caridad. Cuando la visión reemplace la fe y el futuro esperado sea presencia, la vida eterna se manifestará como plenitud y descanso en la Caridad.

La pasión del irascible llamada esperanza, cuyo objeto son los bienes arduos futuros y asequibles, suele ser en nuestros pacientes, una pasión debilitada. Lo difícil o arduo vinculado a un bien, en una cultura del “aquí y ahora”, bienestante y cómoda, disuelve la cualidad de bondad propia del bien arduo. La dificultad no suele percibirse como parte del bien sino como un mal, de ahí que el terapeuta se encuentre con odios e iras indebidos en lugar de la capacidad de sostenerse en relación al bien que corresponde esperar, ya que su cualidad impide poseerlo en el presente, y habrá que alcanzarlo en el futuro. Asimismo es notable la dificultad para esperar bienes futuros arduos referidos al prójimo: cuando se sale del “yo con yo” presuntuoso en el que todo parece asequible, por la debilidad de la pasión fundante que es el amor, se desiste de todo esfuerzo y espera. En la relación entre la desesperanza y la carestía del amor al otro, se hace palpable la ausencia de la vida sobrenatural que encendería en la Caridad la vida anímica de las personas. La vida eterna se inicia con la esperanza de alcanzar a Dios como causa final de nuestras vidas y la de nuestros prójimos, con la ayuda de la gracia, causa eficiente de nuestra salud o salvación eterna. Vemos cuanto importa para la vitalidad de nuestras esperanzas terrenales, el desconocimiento o ausencia de su analogante principal. Las sanas esperanzas naturales deberían colaborar en el camino al cielo y en la esperanza del cielo, con la fuerza divina que vivifica todas nuestras luchas por el bien futuro. Con claridad lo sintetiza Pieper diciendo que “la firmeza en la dirección hacia el bien le sobreviene a la esperanza sólo cuando es obra de Dios y se dirige hacia Él, es decir cuando es virtud teologal”. Para Pieper, en épocas anteriores, había una naturalidad dada por la fe que unía la esperanza natural con la virtud sobrenatural de la esperanza, lo cual ya no se observa en nuestra cultura” Y agrega: “La Esperanza sobrenatural que incluye en sí no solamente el anhelo que espera (y lucha) sino también la fuente viva de energía de este anhelo (y de esta lucha) puede asimismo remozar las energías de la esperanza natural con un nuevo impulso”. Validamos seriamente como psicoterapeutas estas afirmaciones de Pieper. La desatención o la privación de vida sobrenatural debilita el orden natural, y el hombre se desvitaliza y pierde orientación a ese bien arduo, posible y futuro que es su causa final, su felicidad eterna. Esta orientación se recupera mediante la recuperación de la fe en la Revelación divina. Entiendo que tanto la esperanza como pasión y como virtud teologal son necesarias para poner en marcha la voluntad, y con ella la personalidad toda actuando en respuesta a un Dios que nos espera en nuestra esperanza de Él. La esperanza nos permite trascender y llenar de sentido la vida terrenal con sus frustraciones y limitaciones, para hacer de ellas, expiación, mérito, santificación, acción de gracias, iniciando como dijimos una vida eterna que trasciende el paso por la muerte, hacia Dios, repito, causa final de nuestra existencia, causa eficiente de nuestra salvación. La esperanza natural se sostiene en la esperanza sobrenatural, o decae. Porque el Bien que esperamos es el

Amor de Dios se espera amando se encuentra allí la felicidad anticipada de quien espera. Lo sobrenatural nos excede, pero no nos anula como sujetos, siempre capaces de recepción de la gracia y de asentimiento libre a vivir una vida en Dios. Por su particular anclaje psicológico, la virtud de la esperanza permite que nuestra libertad y nuestro voluntario se eleven en Dios a su máximo ejercicio. Si en la Caridad buscamos unirnos a Dios por El mismo y efectivamente a Él nos unimos, y por la fe lo buscamos como fundamento por el que se nos da conocer la verdad, por la esperanza nos sostenemos en Dios, nos apoyamos en Dios, en tanto principio de perfecta bondad que nos concede gratuitamente la felicidad eterna. La esperanza teologal nos regala una experiencia de Dios como Quien nos ayuda con amor infinitamente eficaz y confiable, y cómo tal le respondemos con nuestro amor y confianza. De modo semejante a como se los quiere a un padre o una madre generosos, fiables y buenos, se lo ama a Dios esperando su ayuda y sostén, agradeciendo su amor con nuestro amor de hijos. La virtud sobrenatural de la esperanza se apoya en nuestro natural deseo de felicidad, es decir, en nuestro más básico deseo. De ahí que cabe mostrar esta bondad de Dios a nuestros pacientes, porque esta bondad sale constantemente de sus manos y de su corazón de Padre, de una providencia que nos brinda lo que no podemos darnos por nosotros mismos, y que ningún otro puede darnos. De aquí brota alegría, un deseo de conocerlo, una voluntad de tender a Él y esperar activamente de El todo bien. “Espero de Dios la felicidad que es El mismo” Así, en el artículo 4 de la cuestión 18, dirá Santo Tomás que el viador que esperando en la bondad de Dios, espera en la vida eterna, puede hacerlo con la certeza de su bondad que nos da la potencia cognoscitiva, por la virtud teologal de la fe. Luego, siendo en quien esperamos el Amor mismo, está presente la Caridad en el seno de nuestra esperanza Nos ocuparemos algo más delante de la importancia de la afectividad en la esperanza en la vida eterna.

Respecto de la esperanza natural cuya rectitud y conducción concierne a los psicoterapeutas, queda claramente definida para nosotros por Santo Tomás en su Tratado de las pasiones como una pasión del apetito irascible cuyo objeto es el bien arduo futuro. Explica del siguiente modo las cuatro condiciones del objeto de esta pasión:

“Primera, que sea un bien, pues propiamente hablando, no hay esperanza sino del bien. Segunda, que sea futura pues la esperanza no se refiere al bien presente ya poseído. Y en esto se diferencia la esperanza del gozo, que se refiere al bien presente. Tercera, se requiere que sea una cosa ardua que se consigue con dificultad, pues no se dice que uno espera una cosa mínima cuando está en su poder obtenerla inmediatamente. Y en esto se diferencia la esperanza del deseo o anhelo, que mira absolutamente al bien futuro, por lo cual pertenece al concupiscible, mientras que la esperanza pertenece al irascible. Cuarta, que ese objeto arduo sea posible de conseguir, pues nadie espera lo que es absolutamente inasequible. Y en esto se diferencia la esperanza de la desesperación”

Ilumina nuestra tarea terapéutica, la relación que establece Santo Tomás entre la potencia cognoscitiva y la esperanza:

“Lo que el hombre desea y juzga poder conseguir, cree que lo conseguirá, y el movimiento que sigue en el apetito se llama confianza, por esa fe previa de la potencia cognoscitiva. Porque el movimiento apetitivo recibe su nombre del conocimiento precedente, como el efecto de la causa más conocida, pues la potencia aprehensiva conoce su objeto mejor que el acto de la potencia apetitiva”

Diremos junto a Santo Tomás una palabra sobre la pasión del temor o miedo de la cual dirá, siguiendo a Juan Damasceno, que el temor produce sístole o contracción en la vida anímica y que junto a la tristeza le corresponde más que a ninguna otra pasión el nombre de tal, por cuanto implican, temor y tristeza, un daño padecido en el alma, que se torna pasiva ante los objetos del miedo y de la tristeza. El futuro difícil de vencer, está ya “presente en la aprehensión del alma” dice el Santo y son variadas las respuestas del apetito. Así cómo podemos rastrear un miedo específico en la base de nuestros pecados y enfermedades, podemos descubrir en el don del temor de Dios la fuente de la conversión y el arrepentimiento imprescindibles para vivir bien nuestras esperanzas terrenales y la esperanza en la vida eterna. Insiste Santo Tomás en algo que nos hemos de olvidar los terapeutas, y es que “todas las pasiones del alma se derivan de un solo principio, a saber del amor, con el que tienen muchas conexiones”. Con admirable acierto Santo Tomás considera en todas las pasiones, sus posibilidades de accionar contrariamente a la naturaleza. En el caso de la pasión de la esperanza, desesperar rehuendo el bien por su dificultad o no combatir un mal adjunto al bien por miedo, son casos comunes en psicoterapia. Como agravantes culturales, el relativismo y el descrédito en nuestra inteligencia disminuyen la capacidad de espera de nuestros pacientes. Santo Tomás explica que en las pasiones del irascible hay contrariedad sólo en tanto alejamiento o acercamiento respecto de un mismo término, así la esperanza se pierde cuando su objeto se concibe imposible (lo cual es defecto de la potencia intelectual) y se cae en su contrario, la desesperación, lo cual implica un alejamiento del bien deseado (lo cual es defecto de la voluntad que ama poco el bien o no lo ama) El deseo de un bien futuro, e incluso el amor a los bienes que representan ayudas para alcanzar ese bien, preceden a la esperanza y al esfuerzo del irascible por alcanzar este bien esperado. Hay entonces un amor acompañando la esperanza sobrenatural a Dios, Dador de los medios para alcanzar lo que se espera.

Respecto de la esperanza en la vida eterna como factor de salud para nuestros pacientes, encontramos que, aunque tengan fe, no se preguntan acerca de la relación que guarda la vida terrenal con su esperanza de un Cielo, o acerca de los bienes participados de la vida eterna. No se preguntan si se orientan o no a la causa final de sus vidas, ese Bien a conseguir de Dios, que es Dios mismo, y nos promete la bienaventuranza. Entendemos que la tarea terapéutica debe comenzar en un plano natural partiendo de lo que el paciente trae y ayudándolo a moverse hacia un ejercicio virtuoso de la pasión de la esperanza, reglado

por la razón, ayudado por la virtud de la fortaleza y las demás virtudes. Sin embargo, procuro la ocasión oportuna para elevar el discurso de los pacientes desde la regla moral o racional, a ese orden en que la regla es Dios mismo. Nunca dejo de preguntarles con toda seriedad intelectual, sobre el sentido de la vida y sobre su concepción de la realidad de la muerte, cuestiones que se viven distraídamente, con una anestesia o negación ideológicamente promovidas. Quizás no estemos habituados a esta seriedad en la comunicación con nuestros prójimos ni con nosotros mismos. La reflexión ha de pasar por la consideración teórica y existencial de la muerte, de la inmortalidad del alma espiritual, del “para que” de nuestros esfuerzos terrenales que se hace difuso sin una eternidad de la cual extraer un sentido permanente. Reflexión sobre qué significa la “resurrección de la carne”, sobre las consecuencias y la trascendencia de nuestras buenas obras y las consecuencias de nuestros pecados, la absoluta necesidad de Dios Uno y Trino para darle expansión verdadera y buena a nuestra vida. Para acceder a la vida sobrenatural, alcanza de nuestra parte ante Dios, un asentimiento de la inteligencia a la Verdad y un deseo de Bien para una voluntad hecha para esperarlo y amarlo. Sin duda avivar el deseo de la vida eterna como supremo bien futuro arduo, asequible gracias a la ayuda divina, no excluye sino más bien requiere que el hombre ponga también sus fuerzas irascibles en pos de bienes arduos terrenales, con la conciencia de que pueden ser insuficientes pero nunca estériles justamente porque hay un Señor de todas las cosas que les dará crecimiento y fruto a su debido tiempo. La sombra del pelagianismo acecha permanentemente en especial entre los más jóvenes que cuentan con sus solas fuerzas para alcanzar lo arduo futuro, ignorando la vida eterna: para ellos, dice Santo Tomás el futuro es largo y la pasión de la esperanza favorecida por la inexperiencia del fracaso e incluso a causa de sus fuerzas físicas. Sin embargo, aunque los desafíos tienen su atractivo, los bienes concupiscibles ganan sus inclinaciones y prevalecen el hedonismo y el consumo de los bienes presentes. Los que cultivan “virtudes” con un presumido voluntarismo pelagiano descreído de Dios, fracasan tarde o temprano y lo reemplazan por algún otro sistema en oferta. Acompañado el paciente en estas reflexiones concluye que la esperanza es siempre esperanza de la vida feliz, pero que la vida feliz sólo puede ser tal si es eterna. Es pues la esperanza en la vida eterna la que mueve eficazmente la voluntad en el esfuerzo por la felicidad, y a trascender los límites de nuestra finitud terrenal. La realidad del Dios hecho hombre en la persona del Hijo cobra una importancia ineludible: recuperar la beatitud perdida por el pecado original y nuestros pecados personales, requiere nuestra fe en la Redención de Cristo, y en su promesa de vida eterna. La redención del mal no la operan nuestros esfuerzos, ni el progreso de las ciencias, ni los movimientos políticos pero requiere que nuestra conciencia se deje iluminar para llevarnos al arrepentimiento y la conversión. No hay salud sin vida de la gracia y cuando esto se manifieste, le diremos al paciente “Esto, tan grande y elevado que ocurre en tu vida no lo hice yo, ni lo hiciste vos” Se puede y se debe conducir a nuestros prójimos por estos derroteros y hacia estas conclusiones.

La desatención o la ausencia de vida sobrenatural debilita al extremo el orden natural y ,por lo tanto , en una cultura que ha matado a Dios es lógico que el hombre también se desvitalice espiritualmente y pierda orientación a su felicidad , bien arduo , posible, futuro, orientación que depende de restituir a Dios en su sitio. Por lo tanto es el esfuerzo más estrictamente necesario, restablecer en las alas la orientación a Dios. La esperanza es la virtud sobrenatural digamos, más imprescindible para poner en marcha la personalidad, la voluntad, el imperio de buenas acciones en respuesta a un Dios que nos espera en nuestra esperanza de Él. La esperanza nos permite trascender y llenar de luz la vida terrenal con todas sus frustraciones y limitaciones para hacer de ellas mérito, expiación, santificación, sitio de acción de la gracia para iniciar una vida eterna que trasciende el paso por la muerte. Ya el bien que esperamos es efectivamente inasequible a nuestros propios esfuerzos, de modo que nuestra esperanza llega a Dios mismo como su causa final y como su causa eficiente. Entonces la esperanza natural misma se sostiene en la virtud sobrenatural y todo el paisaje existencial queda suavemente iluminado. El mismo bien infinito nos lleva al bien infinito, pero como se llama Amor el que esté velado no cuenta: si no estuviera velado, sería visión y esa visión es justamente la razón de la esperanza... Si hubiera gozo pleno de la bienaventuranza no habría nada que esperar... Si hay una felicidad incoada para quienes han puesto su esperanza en Dios. El esperante y lo esperado son amantes y amado .El bien que se espera conseguir y el auxilio con el cual hemos de conseguirlo es infinito, nos exceden pero no nos anulan como sujetos de esperanza, nos elevan a un máximo ejercicio de nuestra libertad y de nuestro voluntario. En un punto la virtud de la esperanza tiene un anclaje psicológico muy particular: si en la Caridad buscamos unirnos a Dios por El mismo y por ella efectivamente nos unimos a Él , y en la fe lo buscamos como principio del que nos viene el conocimiento de la verdad , en la esperanza nos apoyamos en Dios , en tanto principio de perfecta bondad, para conseguir la felicidad eterna ... que no hay otra ¡ Es decir es una virtud sobrenatural , que si bien requiere la fe , se desarrolla sobre nuestra procura natural de felicidad! Es una virtud sobrenatural muy básica, muy relacionada a nuestros básicos intereses! Mostrar esa bondad de Dios en las vidas de los pacientes, en tanto mano de Dios, Providencia, lo recibido que yo no pude ni puedo darme, ni que nadie pueda habérmelo dado... será tarea conjunta del terapeuta y del paciente. No sólo ahora sino a lo largo de toda la vida, incluida la virtud de la fe, lo que precede a la esperanza... Esto que espero ya lo conozco como posible... y será la alegría de descubrir la verdad de Dios... cuando se escuche hablar de El... Luego será la voluntad la que me haga tender a Dios, la que diga quiero esperar, espero en que Dios me dé la felicidad que es El mismo.

Cabe recordar para nuestro apostolado, que la esperanza en la vida eterna fue el gran atractivo de la prédica apostólica en Grecia y en Roma con su triste creencia en el Hades oscuro e indefinido, e incluso entre los judíos, creyentes en el Sheol, haciendo la salvedad de que se desarrolló tardíamente una cierta creencia en la vida eterna tal como la pensaban los fariseos en la época de Jesús. Muchos textos el A.T., especialmente los salmos, manifiestan la confianza del justo en la bondad de Dios que toma junto a Si la vida de sus amigos

en la hora de la muerte. El martirio de los siete hermanos en el segundo libro de los Macabeos ilustra un acercamiento a esa certeza en la vida eterna que trajo hermosamente Cristo a la humanidad. Ante la muerte dice el primer hermano “Dios vela y con toda seguridad se apiadará de nosotros” aludiendo más bien a la salvación de su pueblo. Pero el segundo dice” a nosotros que morimos por sus leyes nos resucitará a la vida eterna”. La madre de los jóvenes, dice, animando al martirio al hijo menor “pues así el Creador del mundo que modeló al hombre en su nacimiento le devolverá el espíritu y la vida con misericordia, porque ahora no miráis por vosotros mismos a causa de sus leyes” y agrega” no temas a este verdugo y acepta la muerte para que pueda yo encontrarte en la misericordia”. Al pasar, hace, esta santa madre, la primera declaración de fe en la Creación “ex nihilo” afirmando que “Dios creo todo de la nada” Esta afirmación está relacionada con la fe en un Dios todopoderoso, y capaz de dar al hombre vida resucitada. San Pedro declara ante Jesús, cuando muchos lo abandonan por no poder aceptar su mensaje, “Señor, a quien vamos a ir. Tú tienes palabras de vida eterna”. Reconoce así la potestad de Dios en Cristo, para darnos, por Su Palabra divina la vida eterna, una vida nueva en cuerpo y alma. El deterioro de la fe en el Creador y en la Creación a partir del Renacimiento, dañó no sólo la fe, sino muy directamente la esperanza en la vida eterna. Se comienza por un retorno a las ideas griegas, con Giordano Bruno y Galileo, y Martín Lutero hizo su parte oponiendo la Creación a la gracia, oponiendo la realidad dada, marcada por el pecado, a la gracia: lo que alcanzamos por gracia es en desmedro de lo creado. Más bien, porque somos creados por Dios y para El, podemos ser receptivos de la gracia. De a poco va surgiendo en la historia de occidente un odio gnóstico al género humano, patente en nuestros días. Dios Creador es más que una causa primera en la Creación, y no es identificable con ningún dato de las ciencias, los esoterismos o las ideologías: es dueño absoluto de la Creación, eternamente exterior a ella y a la vez el Dios de la Alianza, amor creador, amor redentor, amor siempre creativo. Sin duda habrá que aceptar nuestro ser creaturas y nuestra dependencia creatural para entrar en la dinámica sobrenatural. La belleza de esta dependencia creatural de Dios, humilde y libre, es el único fundamento para una vida abierta a la eternidad. La esperanza y la caridad presuponen la fe ¡en un Dios Creador! Está inscripto en nuestra naturaleza de creaturas el ser dependientes, y si no es dependencia de Dios, caeremos en indeseadas rivalidades, desconfianzas y dependencias. Sin Dios Creador los hombres conciben toda realidad como material de uso para una creatividad “destruktiva”, para un uso irreverente que alcanza las propias vidas como parte de algún proceso “creativo” Esta creatividad sobre el propio ser y la propia vida deviene un orgulloso levantarse de los fracasos, sin arrepentimientos, negando o paliando el sufrimiento. Hemos de contemplar a Cristo para darlo a contemplar ¡Estudiemos la teología de Santo Tomás que tuvo a la Creación y al Creador siempre en el centro de su pensamiento y volvamos desde allí, a la enseñanza de la Iglesia Católica como madre y maestra, para afirmar que sin Dios Creador no habría Redención ni Resurrección de la carne! Cómo nos recuerda el evangelio de San Juan: Jesús vino para que tengamos vida y la tengamos en plenitud. La vida eterna es Cristo mismo que nos promete una “alegría

que nadie les podrá quitar” y nos lleva con El a vivir vida resucitada. Entrar en la vida eterna es salir de nuestras limitaciones para entrar en la vida de Dios. Esto que al decir de San Pablo “ni ojo vio , ni oído oyó” es la vida resucitada en cuerpo y alma , inefable , felicísima , con ese modo nuevo y superior de vivir que nos muestra Jesús cuando responde a los saduceos que lo ponen a prueba con el caso de la mujer y sus siete esposos. Los atributos de este cuerpo glorificado los describe Santo Tomás en su Compendio de Teología, en la Exposición del Símbolo de los Apóstoles, en la Suma contra Gentiles y en la Suma Teológica. Son, la identidad elevada y transfigurada, la plenitud del ser o “integridad”, la luminosidad propia de la santidad, la impasibilidad, y la respuesta perfecta a las mociones del alma, o “agilidad”. El Señor todo lo engrandece, a todo lo suyo en nosotros le da crecimiento. El proceso de la gracia es infinito ¿Somos conscientes de los bienes que esperamos? ¿Nos enamora el Amor en Su esperanza?

Como en la primera evangelización, la prédica de la Resurrección debería acercar a muchos, también hoy, a la fe en Cristo. No sólo ha perdido esta prédica su correspondiente vitalidad sino que se la anuncia en una cultura adversa a ella. Nuestros pacientes llegan intoxicados por el opio de ideologías ateas que inciden fuerte y negativamente. Habrá que identificar para ellos y en favor de ellos, las filosofías que negando a Dios encerraron a la humanidad en un mundo oscuro, egocéntrico y enfermizo. Se han impuesto modos de vivir normativizados y propagandizados que entretienen al hombre en la práctica de creencias y actividades egolátricas, socialmente consensuadas. Contaminan también el pensamiento y el modo de vivir de pacientes que se declaran creyentes. Señalamos ante todo a Feuerbach, padre del ateísmo moderno, concibiendo que el hombre deba recuperar ideales propios, atribuidos de modo alienante a un Dios que no existe, siendo la creencia en El, antagonista de nuestro desarrollo humano y de nuestra libertad. Esta idea la retoma Marx quien aconseja recibir el “bautismo “de Feuerbach. Para Marx, el cristianismo es alienante pues retiraría las fuerzas del hombre de la vida terrenal, en concreto de la revolución proletaria y pretende ofrecer el paraíso en la tierra. Como herencia de Marx vemos en nuestros pacientes una inclinación al antagonismo social, oposición a toda instancia de autoridad establecida, y una desconfianza o sospecha ante lo que parece bueno y puede ser malo y por ende conviene ignorar o destruir. El siguiente filósofo influyente del que haré mención es Nietzsche, cuyas enseñanzas ateas se propagaron por sí mismas, y con la ayuda del psicoanálisis. Nietzsche decreta la muerte de Dios (agrega “y nosotros lo hemos matado”) Sin Dios se pierde todo fundamento para la objetividad de la razón y para la vida moral. Proclama en esta “liberación” el surgimiento del superhombre, figura ilusoria, que desprecia los frutos de la vida sobrenatural en el hombre concebida como “la debilidad de los buenos” .La compasión, el perdón, el amor, indican para Nietzsche una moral de esclavos inadmisibles para el superhombre. Caen el Logos fundamento para la verdad y el sumo Bien, fundamento del orden moral. No queda nada más que individuales “perspectivas” sobre la realidad. Perspectivas que surgen y se enfrentan: mi verdad, la tuya, tus valores, los míos.... La caída de la verdad objetiva resulta demoledora para la inteligencia, dejando como potencia suprema a la voluntad

y voluntad de poder, que se afirma como instancia suprema de suprema asertividad y dominio, contra el prójimo, contra todo lo dado. Sutilmente, este modelo pasó a ser aceptado en nuestra cultura e invita a vivir en la dinámica del poder, siendo sumamente distorsiva de la causa final de la vida humana ya que no hay verdad que amerite la fe, ni bondad que amerite esperanza, nada que recibir de Dios, nada bueno para ofrecer al otro. Sartre es otro filósofo que ha dejado la marca de su ateísmo en la cultura, sutil pero eficazmente incluso en las vidas de los creyentes poniendo anestesia o sordina a su anhelo de vida eterna. Ante todo Sartre invierte la relación entre esencia y existencia, dándole la primacía y la precedencia a la existencia, de la cual depende y recibe la esencia "lo que es". El lugar del Creador queda, totalmente en manos de la "creatividad" del hombre. No hay una forma esencial o precedente que rijan nuestra existencia... Ya no recibo con humildad lo dado sino que, desde mi libertad soberana, yo mismo determino quien soy. Justamente es mi libertad la que demuestra para Sartre que Dios no existe. En la tela de la nada el hombre hace su obra y se inventa a sí mismo. Como en todo filósofo ateo hay en Sartre un odio a la Iglesia, la familia, la moral cristiana, que testimonian la existencia de Dios con sus consecuencias para la felicidad del hombre. Que lo que yo reclamo ser, eso soy, se hace visible en la ideología de género, en el transhumanismo, y en las variadas definiciones arbitrarias de uno mismo. Al sufrimiento y a la muerte se los enfrenta de manera fría y arrogante, en la constante puja por darse el ser desde la libertad. Finalmente, para comprender las posturas de nuestros pacientes (y comprender su dificultad para elevar la mirada hacia la vida eterna que se nos ha dado esperar) señalamos el pensamiento de Foucault con su exaltación de los discursos lingüísticos que disuelven la realidad, el valor del lenguaje en la manipulación y la destructividad de su relativismo: toda idea sobre la familia, el bien y el mal u otro valor, se inscribe mediante discursos transitorios en el devenir de la historia. Foucault refuerza el relativismo de Nietzsche. El lenguaje es algo que enmascara y debe desenmascarse. Todo debe ser "deconstruido". El "estilo" de Foucault, se imita sin haberlo leído y aparece en ensayos existenciales egoístas, altaneros y pesimistas. Pero Dios no ha muerto, Dios existe y nos espera para que esperemos en El. Él es quien abre mi horizonte finito a la participación en su infinitud. Arraigados en el Hijo por El por su encarnación, pasión, muerte y resurrección, con el Hijo entramos en la vida trinitaria, elevándonos al Padre en el Espíritu Santo. Declarada esta fe, hemos de esperar en Caridad, la vida eterna.

La virtud sobrenatural de la esperanza sobrenatural, nos exige asumir la muerte que actúa como maestra para una vida terrenal seria, consciente de su destino eterno. Si nuestra cultura mantiene la muerte fuera de su circuito existencial, haciendo que todo lo relacionado con ella ocurra lejos, y sin contacto personal con nosotros, es bueno, en vez, que veamos morir, que acompañemos a nuestros agonizantes y muertos, que haya campanas, funerales, y que hagamos "memento mori" como, por ejemplo, al rezar el Rosario en cada Avemaría. Esta exclusión de la muerte no significa que no proliferen, en relación a ella un voyeurismo morboso promovido por la oferta de escenas violentas, crueles y extremas: es el voyeurismo que reemplaza

en el alma a un sereno conocimiento espiritual. Sin una aceptación realista de la muerte no concebiremos adecuadamente la vida eterna, pero tampoco podremos anunciar la esperanza en ella si no entendemos en que consiste la eternidad. Lo haremos ayudados por una recta filosofía y por la Revelación. Explicaremos que en rigor sólo a Dios puede atribuirse una eternidad perfecta, eternidad de la cual participamos por la Resurrección del Hijo. La filosofía puede enseñarnos mucho a favor de la inmortalidad del alma y también explicar la muerte eterna, la condenación, más como un devenir interminable que una eternidad. La muerte eterna es la permanente ausencia de una plenitud que buscándola no podrá alcanzarse, en un constante y penoso huir de Dios, del prójimo y de sí mismo. Se descubre una relación entre el Amor y la eternidad, entre el amor y la vida eterna: el gozo del amor no es el placer de dominar a otro como lo definía Sartre, no, no viene de la voluntad de poder, sino de la benevolencia y de la entrega. Le corresponde a la naturaleza de este amor el que sea duradero, eterno. Al afincarse en el bien amado, el amor desea la eternidad de ese bien, y se dispone al sufrimiento, a las dificultades, a la paciencia y a la espera...El amor descubre el carácter sagrado de lo creado, el carácter sagrado del otro que por la infinita generosidad y amor de Dios están inscriptos en los dones de la Creación y de la Redención. El amor mueve al amor. Este amor entre Dios y su creatura redimida, pide y espera la vida eterna. Misteriosa es nuestra sed de infinito siendo finitos, nuestro deseo de vida eterna en la cual ir más allá de la enfermedad del pecado, y más allá de la muerte para poder seguir amando. El deseo de felicidad eterna que brota de nuestro ser se sacia más allá de nosotros mismos, en la vida sobrenatural ofrecida por el Padre en Cristo y el Espíritu Santo. La situación de miseria y de enfermedad en la que llegan nuestros pacientes debe comprenderse en esta su profunda cualidad espiritual y llegar a ser ocasión de apertura a Dios. Por esto debemos sostener nuestra prédica de la realidad de la vida eterna y de nuestra necesidad de Dios, incansablemente. Compasivamente. Pues el que ignora su situación de pecado, quedará librado a la impenitencia y al desamor. La pretensión de libertad quedará reducida a una "aceptación" de la muerte con resignado estoicismo, o en un absoluto aplanamiento de la vida propiamente humana. Nada hay más cierto de que vamos a morir, pero el no saber el cuándo ni el cómo permiten no pensar en la muerte, evitar pensar en ella, desatender las muertes ajenas con tremendas consecuencias para la salud del alma. Recordemos como terapeutas que la muerte es una gran pedagoga, incluido ese razonable miedo a la muerte del que Nuestro Señor mismo vino a librarnos. Prediquemos que nuestra vida viene de Dios Creador y vuelve a Dios, donde ese deseado descanso en el amor, será descanso eterno, como participación de Su quietud feliz. Mostremos que sólo el descanso dice de felicidad...pero se requiere de la fe en el Dador para acceder a ella, nuestra consagración a Dios, ya que sólo lo sagrado tiene aptitud para dar descanso. Señalemos a nuestros pacientes como, contrariamente, el mundo ateo propone como alternativa ficticia de la felicidad un activismo terrenal, el discurso constante y variado... Si todo está diseñado para pasar y todo termina, incluidos los bronceos, las obras, las memorias, las glorias pasajeras, el Universo mismo, es que Dios dispuso lo temporal en la vida terrena para nuestro paso a

la vida eterna. Se trata de unir a la muerte de Cristo nuestra muerte, ofrecer nuestra muerte junto a la de Cristo, en un efectivo morir con El que murió por nosotros, y así con El resucitar a la vida eterna: “Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en mi aunque esté muerto, vivirá”. Podríamos declarar con todo el corazón: ¡Quiero morir en Ti Señor y espero la vida eterna para gozar eternamente del amor Tuyo por mí y del mío por Ti! ¡Que ese Amor me sostenga Señor en el peregrinar terrenal, en mi muerte contigo y en el juicio que sigue!

En la Carta Encíclica *Spe Salvi*, se nos proponen “lugares de aprendizaje de la esperanza”: el juicio, la oración, y el luchar y sufrir llevando adelante nuestras esperanzas. La lucha puede ocasionar extremo cansancio y exasperación, de allí su necesaria referencia a una esperanza más grande que la sostiene e ilumina, porque nos custodia un Amor indestructible. Aunque nuestras obras no nos ganan el Cielo, nuestras obras no son indiferentes. Por eso, otro lugar para aprender en la esperanza sea la consideración del Juicio: curiosamente en el libro de Job, en una ardiente declaración suya, reúne una incipiente esperanza en la vida eterna con su deseo de justicia divina. “Yo sé que mi Defensor está vivo, y que tras mi despertar me levantará junto a él y con mi propia carne veré a Dios” y luego agrega: “temed la espada por vosotros mismos, pues la ira se encenderá contra las culpas y sabréis que hay un juicio”. Nuestras ansias de bien y de justicia nos llevan desde el desconcierto de un mundo en que triunfan el mal y la violencia a mirar con esperanza a un más allá en que todo se ordenará, y será puesto en su sitio. Será también un aprendizaje en la esperanza, conscientes de que habrá un juicio, pedir por los pecadores, hacer penitencia por nuestras propias injusticias. Con la muerte habrá un final para toda posibilidad de pecar, y también para toda posibilidad de reparar: final para todas las injusticias y males que comete la humanidad, y luego, un juicio. “Estén prevenidos porque no saben el día ni la hora” nos dice el evangelio de Mateo 25,13...

Respecto de la oración como maestra de esperanza recordemos ante todo lo particular de la oración cristiana, y es que rezamos en Cristo, al Padre, por el Espíritu Santo, lo cual significa que ya nuestra oración es participación en la vida divina trinitaria. Sin duda, participación en la Pasión, muerte y Resurrección del Señor. En la oración se desea a Dios para ensanchar este deseo y para que este deseo se vea colmado por Dios mismo. Pero es a la vez un proceso de purificación de todo deseo contrario a Dios o al bien del prójimo, de toda mentira que impide alcanzar Su verdad y Su perdón. La oración es esperanza en acción para nosotros y los demás. Luego, respecto del actuar y sufrir como modos de aprender a vivir en la esperanza la *Spe Salvi* nos dice que nuestros esfuerzos y luchas cotidianas, nuestro camino difícil hacia los bienes futuros son un lugar de encuentro con la luz de la esperanza sobrenatural, “Sólo, dice, la gran esperanza, da certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor, cobrando sentido e importancia. Sólo una esperanza así, puede dar

todavía ánimo para actuar y continuar”. Sabemos del valor salvífico de nuestros propios sufrimientos ofrecidos en unión con Cristo, del valor incluso psicológico del dolor como sitio donde descubrir nuestra menesterosidad y nuestra necesidad de Dios y de su gracia.

El reino de Dios no lo construimos con nuestras fuerzas, es don de Dios y por eso grande y hermoso, tanto como es grande y hermosa Su respuesta a nuestra esperanza sobrenatural, el Reino que es Cristo mismo....Libremente podemos abrirnos a nosotros mismos con la ayuda de la gracia, y abrir el mundo para que entre Dios en él. Este hacer el bien, ponerlo en acto, este hacer lo justo orientando a Dios nuestra lucha y nuestra espera, quizás sin éxito terrenal o impotentes ante fuerzas hostiles, le será entrañable. El sufrimiento, causado por nuestra finitud y por la cantidad creciente de culpas acumuladas a lo largo de la historia, asumido por la Cruz de Cristo, podrá ser aliviado por nuestra caridad y nuestros esfuerzos, pero no suprimido. Por eso la fe nos invita a aceptar el dolor en unión con Cristo y por el santificarnos, con esperanza en la vida eterna, que hacia allí nos conduce, dándonos ánimos, Aquel que conoce y desea nuestra felicidad. En esta relación con el que sufre y con el sufrimiento, dice la Spe Salvi, se mide nuestra grandeza pues se vencen allí la injusticia y la violencia, a la vez que crecen la compasión, el consuelo, la vida de Dios en nosotros. Nuestra esperanza se hace esperanza para los otros. Dice San Pablo a los Tesalonicenses “No queremos que vivan en la ignorancia respecto de los que ya han muerto, para que no estén afligidos como los otros, que no tienen esperanza. Creemos que Jesús murió y resucitó”. Por otra parte nuestro trabajo , fatigas , penas y esfuerzos cotidianos , que se suceden unos a otros día a día son ofrendas, sacramento , modo de vivir devotamente en este mundo que pasa, unidos al sacrificio de Cristo , y así en una vida eterna que ya ha comenzado .

Completando la consideración que hace la Spe Salvi respecto del Juicio como lugar de aprendizaje de la esperanza, me parece importante para tener presente como psicoterapeutas , que el Juicio influye en nuestra vida recordándonos la responsabilidad sobre nuestros actos, como criterio para ordenar el presente hacia un futuro, porque la vida es un mirar siempre hacia adelante. Hay una falsedad intrínseca en la presunción de que el hombre puede hacer justicia o hacerse justicia: de esta presunción derivan los peores horrores y violencias, los peores agravamientos de las injusticias. Dios existe, y cómo bien lo entiende Job, sabe crear la justicia de un modo que no podemos concebir. La injusticia de la historia no puede tener la última palabra, de ahí que el retorno de Cristo Juez, y la recepción de una vida nueva, arguyan tan fuertemente a favor de la esperanza en la vida eterna. Un mundo sin Dios dice la Spe Salvi citando Ef. 2,12, es un mundo sin esperanza. Sólo Dios puede crear justicia, y la fe nos da la certeza de esta imagen esperanzadora del Juicio. La consideración del juicio concluye en la carta encíclica con una explicación teológica sucinta del Purgatorio, el Infierno y el Cielo, incluyendo el gozo del reencuentro con los seres queridos y el valor de la oración por los difuntos. La práctica de estos tres aprendizajes para crecer en la

esperanza, junto a la consideración de la muerte como participación en el misterio pascual de Cristo, ha de llegar al acompañamiento de nuestros pacientes, anestesiados ante la muerte, faltos de conciencia de lo que significa creer en la “resurrección de la carne”. Se nos impone a todos elevarnos al plano sobrenatural, considerar las verdades reveladas, explicar filosóficamente y teológicamente nuestras vidas y dejarnos conducir al Cielo en fe, esperanza y caridad.

La pérdida de la fe aliena al hombre de su principio y de su causa final en Dios, y de allí la falta de consideración intelectual y de deseo de la vida eterna. Aún para el creyente el Cielo seguirá siendo misterioso pero puede concebirse, dice el autor de la *Spe Salvi*, “como un momento de satisfacción plena en que la totalidad nos abraza y abrazamos la totalidad, como un sumergirse en el amor infinito”, más allá del tiempo, del otro lado de la puerta de la muerte, en un despertar del sueño. El mismo Jesús que lloró por la muerte de Lázaro anuncia que su amigo duerme, como duerme la hija de Jairo, y será El mismo el que va a levantarnos de un dormir a nosotros sus amigos para llevarnos con El al Paraíso.

Antes de concluir es bueno para nosotros terapeutas detenernos con Santo Tomás a considerar el don de temor, porque el temor de Dios es la única y gran terapéutica del miedo, esa pasión que fácilmente desordena las vidas de nuestros pacientes, destruyendo su esperanza, en tiempos tan propensos al desarrollo del miedo desde una cultura y unos medios de comunicación que lo promueven. Ante la necesidad existencial de reflexionar y poner en acto un determinado bien, puede predominar el miedo, la parálisis, las repetidas faltas por omisión. La voluntad claudica junto a una inteligencia que descrea de sí misma. Replegada sobre sí, por la tristeza y los miedos la voluntad se deja ganar por los sentidos externos e internos a la hora de imperar. Por eso la ansiedad por una vida larga en lugar de una vida buena, y el desaliento para encaminar sus vidas. El temor de Dios se da en la veracidad de nuestra conciencia para el arrepentimiento y la confesión de nuestros pecados, en la solicitud por hacer Su voluntad, en entrega a su voluntad y a la oración constante. Dios nos rescata del miedo. El terapeuta debe valorar las obras buenas y el sufrimiento que los pacientes quizás pasan por alto, porque son medios para levantarlos hacia Dios. El temor de Dios es parte de la purificación necesaria para esta divina amistad y para acompañar la esperanza teologal. Las secuelas del ataque ideológico a la esperanza cristiana en la vida eterna aparecen tanto entre los agnósticos, como entre los creyentes, avivando los miedos y la desesperación, de ahí la necesidad de pedir este don del temor de Dios para todos. La meditación de los salmos ilumina todas nuestras vicisitudes afectivas en relación a Dios. Particularmente, el salmo 117, que relaciona el miedo con el temor de Dios y nuestra esperanza en su salvación, me parece oportuno para acercarnos a estas problemáticas.

Cómo explica la Spe Salvi necesitamos de Dios en nuestra razón y en nuestra libertad, porque sólo Dios nos salva del mal, cuya existencia es innegable en las vidas ajenas y en las propias, aun cuando cueste definirlo como un “mal”. Encaminar a nuestros pacientes a la esperanza en la vida eterna será esforzado pero nunca imposible. Quiero testimoniar que quien se acerque al altar de la Misericordia se levantará de allí liberado, testimoniar los frutos de la oración, de la Unción de los enfermos, de la Adoración Eucarística, de una Misa vivida con atención al misterio. Cómo los discípulos nosotros debemos anunciar “lo que hemos visto y oído” en favor de la conversión de los prójimos. Debemos anunciar la esperanza a una humanidad ansiosa y entristecida, inconsciente de su caída en el pesimismo. Con el profeta Isaías (40, 30-31) podemos decir “se cansan los muchachos, se fatigan, los jóvenes tropiezan y vacilan; pero los que esperan en el Señor, renuevan sus fuerzas, echan alas como de águila, corren y no se fatigan, caminan y no se cansan”. La esperanza da las fuerzas para seguir andando con una esperanza natural encendida por la esperanza en la vida eterna en medio de dificultades y esfuerzos. La esperanza siempre encuentra qué hacer para avanzar en el bien hacia el Bien, privilegiando la oración y la perseverancia en la oración. Como dijo San Pablo a los Corintios, “la caridad todo lo espera”, alentándonos a incluir en la espera la aceptación del sufrimiento sabiendo que “los sufrimientos de este tiempo no son comparables a la gloria futura que se manifestará en nosotros” (Romanos 8,18) En la misma carta los anima “Que el Dios de la esperanza, os colme de alegría y de paz, viviendo vuestra fe para que desbordéis de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo” (Romanos 15,13) Este mismo desborde se nos pide a nosotros vivir, para derramarlo gozosa y compasivamente sobre una humanidad olvidada de Cristo, que ha perdido la esperanza en la vida eterna.

Dra. Mariana De Ruschi Crespo